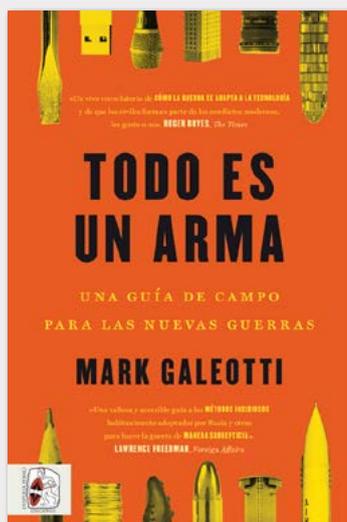


Todo es un arma en el siglo XXI

¿Sabías que vivimos en un estado de guerra permanente? En la actualidad, además de las persistentes formas de guerra tradicionales como las que tristemente vemos en Ucrania, vivimos en constante aunque imperceptible conflicto de baja intensidad en el que en vez de misiles y tanques, las armas son la información, la cultura, las *fake news*, la economía, el deporte, la inmigración o los memes. *Todo es un arma* es una guía de campo para entender la nueva naturaleza de los conflictos y cómo adaptarse a ella.



Todo es un arma. Una guía de campo para las nuevas guerras
978-84-124985-6-1
232 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 23,95 €

Guerra híbrida, guerra en la zona gris, guerra sin restricciones... hoy en día, el conflicto tradicional –combatido con armas convencionales– se ha vuelto demasiado caro de librar, demasiado impopular en casa y demasiado difícil de gestionar, como está demostrando la guerra entre Rusia y Ucrania, abordada ya por Mark Galeotti en su anterior libro, el aclamado *Las guerras de Putin*. Estamos en una época en la que el mundo se encamina hacia una nueva era de conflictos permanentes de baja intensidad, a menudo soterrados, no declarados e interminables, en la que potencias, actores nacionales y otros agentes como grupos terroristas y criminales libran batallas en sordina. *Todo es un arma. Una guía de campo para las nuevas guerras* ofrece un estudio exhaustivo y pionero de las nuevas formas de hacer la guerra, que en muchos casos no son tan nuevas: el uso del espionaje, la propaganda, el soborno, la falsificación y la extorsión, a menudo en colaboración con el hampa, tiene muchos precedentes históricos, como describe Galeotti. Estas actividades, más allá del umbral de la guerra, no son sino aspectos permanentes y perennes del sistema internacional. Recorriendo todo el planeta, *Todo es un arma* muestra cómo los conflictos actuales se libran con todo tipo de medios, desde la desinformación y el espionaje hasta la delincuencia y la subversión, lo que conduce a la inestabilidad dentro de los países y a una crisis de legitimidad en todo el planeta. Pero en lugar de sugerir que cabe esperar volver a una era pasada de guerra «estable», Galeotti detalla formas de sobrevivir, adaptarse y aprovechar las oportunidades que presenta esta nueva realidad.



Mark Galeotti es director de la consultora Mayak Intelligence y profesor honorario en la University College London. Es uno de los mayores expertos en la actualidad en historia y estudios de seguridad de la Rusia moderna. Ha sido Jean Monnet Fellow en el European University Institute y miembro de diversos centros especializados en relaciones internacionales. Entre sus libros destacan *Una historia breve de Rusia*, *Todo es un arma* y *Las guerras de Putin. De Chechenia a Ucrania*.

En librerías el miércoles 24 de mayo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO DE TODO *ES UN ARMA.* *UNA GUÍA DE CAMPO PARA LAS NUEVAS GUERRAS*

«Esta ágil y accesible guía, directa y sin jerga, es un vivo recordatorio de cómo la guerra se adapta a la tecnología y de que los civiles forman parte de los conflictos modernos, les guste o no».

The Times

«Una valiosa guía y accesible a los métodos insidiosos habitualmente adoptados por Rusia y otros para hacer la guerra de manera subrepticia».

Foreign Affairs

«La guía de campo de Galeotti es una visión de conjunto admirablemente clara de una nueva forma de conflicto imprecisa y difícil de comprender. Calificada de guerra híbrida o de zona gris, es la tierra de nadie entre las relaciones pacíficas y la guerra reglada».

Financial Times

«Magistral... Un análisis que desmonta las ideas preconcebidas y la sabiduría popular, un enfoque que hace que los temas sean más interesantes por haberlo hecho... Es inteligente, revelador, agudo y riguroso».

Joshua Huminski, *Diplomatic Courier*

«Lectura necesaria para los apasionados por la estrategia. Las guerras ya no se ganan en los campos de batalla, y Galeotti explica dónde y cómo ganar. Los gobiernos de todo el mundo encontrarán en él una necesaria llamada de atención».

Sean McFate, experto en seguridad estadounidense

«Un libro fantástico, escrito en un estilo ágil y cercano, y que abarca todas las cuestiones relevantes [...] Galeotti es una autoridad en este campo».

Chris Bellamy, autor de *Absolut War*

DOSIER DE PRENSA





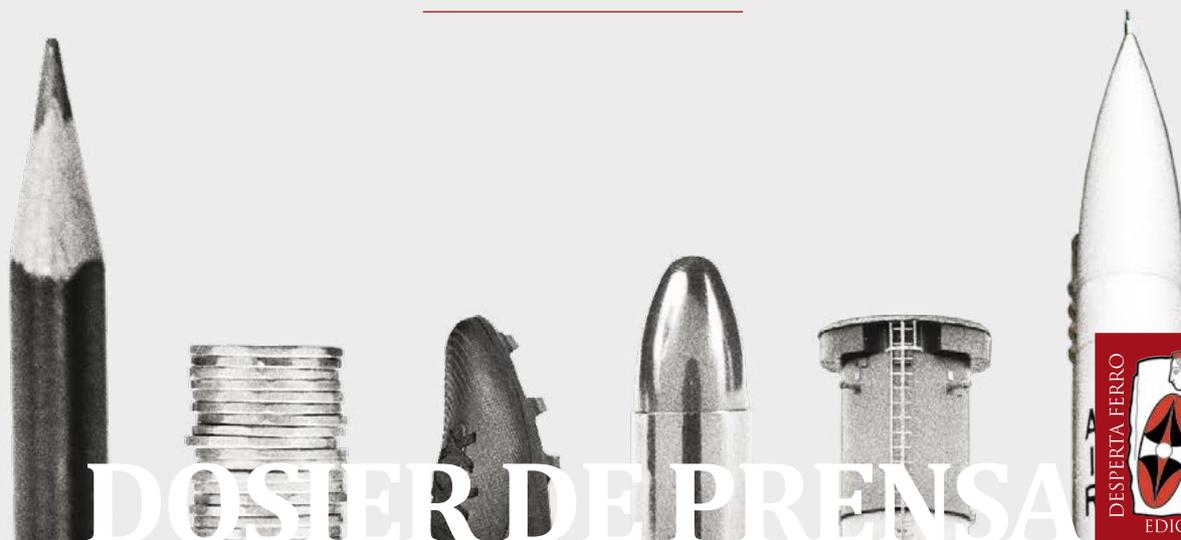
LAS CLAVES DEL LIBRO

¿Sabías que el mundo vive en un estado permanente de conflicto de baja intensidad? En la actualidad **todo puede ser usado como un arma** y esto ha hecho que los medios no convencionales sean **más eficaces y menos costosos** que los tradicionales.

Todo es un arma es una **atractiva guía** que presenta la evolución de la guerra de los persistentes métodos tradicionales a zonas grises, sazonada con precedentes históricos que aporta Galeotti, y que explica **cómo adaptarse a esta nueva realidad**.

Desde la delincuencia y la desinformación hasta el derecho y la cultura. Un revelador análisis que, en clave panorámica, nos muestra **cómo múltiples elementos de nuestra vida cotidiana se han convertido en armas**.

Una **lectura ideal para todos los públicos** que se interesen por la seguridad en un punto en el que todo se está convirtiendo en un arma. Una prosa lúcida y sencilla que aborda el futuro de los conflictos.



DOSIER DE PRENSA



ENTREVISTA AL AUTOR

Entrevistamos a **Mark Galeotti**, analista internacional y experto en la Rusia actual. Es profesor honorario en la University College London y director de la consultora Mayak Intelligence. Sus frecuentes apariciones en prensa revelan el interés que suscitan sus publicaciones, entre las que destacan *Tenemos que hablar de Putin y Las guerras de Putin. De Chechenia a Ucrania*. Ahora publica también con Desperta Ferro *Todo es un arma. Una guía de campo para las nuevas guerras*.

Su principal área de investigación es la Rusia actual y la mayoría de sus publicaciones así lo demuestra, como su libro *Las guerras de Putin. De Chechenia a Ucrania*. ¿Qué le motivó a escribir este libro?

Lo que realmente me atrajo fue el entorno posterior a la invasión de Crimea. En ese momento se escribió mucho acerca de que Rusia era el único país que utilizaba este tipo de métodos no militares. Así que, en lugar de pensar que se trata de una patología rusa, debemos considerar que refleja algo mucho más amplio. Es un proceso que ha existido desde que existen los Estados, y esa es una de las razones por las que establezco paralelismos con el Renacimiento italiano, pero también para comprender hasta qué

punto es un juego al que no solo todo el mundo puede jugar, sino que todos están jugando.

Pero la “armamentización” de distintos métodos no militares, como las finanzas, la energía, los medios de comunicación o la información no es algo nuevo.

El título de mi libro era, en cierto modo, una alusión irónica a la tendencia actual de querer declarar que todo se está convirtiendo en un arma. A riesgo de resultar banal, pienso que se debe tener un debate público. El problema sigue siendo la tendencia de la mayoría de los gobiernos a adoptar un enfoque paternalista de arriba abajo. Pero vivimos en una época muy distinta, en la que cualquiera que tenga una cuenta de Twitter es, de hecho, un medio de comunicación por derecho propio. En ese contexto es por lo que necesitamos mantener ese debate. No podemos limitarnos a securitizarlo todo, porque eso significa no securitizar nada.

En su libro, en vez de anhelar un retorno a una era pasada de guerra estable, detalla formas de aprovechar las oportunidades que presenta

«El instrumento militar más poderoso del que disponemos es la imaginación. La guerra consiste ahora en encontrar nuevas formas de imponer la voluntad de unos países sobre otros».

nuestra nueva realidad. ¿Qué quiere decir con ello?

Siempre tiene que ser como la caja de pandora. Hay esperanza en el fondo después de haber hablado de todo lo malo que hay alrededor. Lo que pasa es que a menudo caemos presa de la desesperación. Olvidamos el hecho de que en Occidente seguimos teniendo capacidades asombrosas. No se trata solo de nuestro poder económico agregado, sino también de la ventaja tecnológica, del *softpower*. Necesitamos alejarnos de la idea de que, básicamente, ya somos las grandes potencias y dominantes y en cambio, debemos pensar en términos mucho más imaginativos. ¿Cómo podemos movilizarlos y organizarnos? No digo que debemos lanzarnos al juego de la desinformación. Ese es un juego de tontos que no podemos ganar. Desde que ganamos la Guerra Fría nos hemos sentado a pensar que todo va bien, en lugar de plantearnos cuáles son los siguientes retos. No perdamos la confianza en nosotros mismos, porque si nos fijamos, por ejemplo, en lo que está haciendo Putin en Ucrania es precisamente para dar esa sensación de que es tan despiadado, tan poderoso, que lo único que podemos hacer es intentar acceder a sus demandas.

¿Por qué hay nuevas formas de hacer la guerra? ¿Desplazarán los nuevos métodos de hacer la guerra a los medios convencionales?

Mi principal argumento es que, en muchos sentidos, la guerra se está volviendo demasiado cara en términos económicos, pero también políticos y sociales, como para librarla con facilidad. Como Vladímir Putin le puede asegurar, todavía habrá regímenes que se enfrenten en un conflicto armado a la antigua usanza, pero en general cada vez resulta menos útil. Sobre todo, porque el poder y la riqueza rara vez se miden en kilómetros cuadrados de tierras de cultivo o en todo ese abanico de bienes materiales de los que uno se puede apoderar. Ahora los recursos son cada vez más intelectuales. No son cosas que se puedan conquistar con un tanque o un avión. Pero, por otro lado, no es únicamente el coste de la guerra, también la mayoría de las sociedades tienen que reflexionar sobre las implicaciones que la guerra tiene en su población. La época en la que se podía llevar al campo de Flandes a la flor y nata de la clase obrera y confiar en que no

morirían por millares hace ya demasiado tiempo que pasó. Hoy en día, cada ataúd que regresa envuelto en una bandera tiene un impacto político, incluso en regímenes autoritarios. Lo estamos viendo en Rusia.

Mi opinión es precisamente que la guerra se libraré cada vez más en estos nuevos ámbitos. Si nos fijamos en lo que está ocurriendo en Ucrania, podríamos decir que se trata de una guerra muy tradicional, pero también es una guerra propia del siglo XXI. Occidente está desplegando una guerra económica, jurídica, política y cultural contra Moscú.

¿Qué eficacia cree que están teniendo las sanciones aplicadas por Occidente tras la invasión? ¿Qué más se puede hacer?

En realidad, si nos fijamos en el daño que se está haciendo a la economía rusa, que inevitablemente repercutirá en su capacidad para librar guerras declaradas y encubiertas, las cicatrices durarán mucho tiempo, incluso si mañana se levantaran las sanciones.

Esto no significa necesariamente que debemos esperar que las cosas mejoren al instante. Lo que en realidad tenemos que plantearnos es nuestro objetivo real. Sea este el cambio de régimen, sacar a Rusia de Ucrania, o negarle a Putin la capacidad de volver a invadir el país en el futuro. Cada uno de estos objetivos tiene parámetros diferentes y, por lo tanto, indican que deberíamos aplicar distintos tipos de sanciones y acciones. La clave que quiero destacar cuando hablamos de sanciones económicas es que no debemos asumir que se trata exclusivamente de nuestra única baza. También estamos librando cada vez más una guerra efectiva de información contra Rusia y una lucha política para intentar separar a Putin de sus propias élites y dividirlos. Estamos inmersos en una guerra cultural para convencer a los rusos de que se van a encontrar en la parte equivocada de la historia. Ninguna de ellas es un arma letal, pero todas tienen un poder de combustión lenta que en realidad es muy considerable.

¿Qué hay de la creciente influencia que ejercen algunos países como China?

Una de las cosas interesantes de toda la saga de influencia y penetración china es precisamente que consiste mucho más en influencia. Obviamente, conviene señalar que llevan a cabo todo el espectro de

«La guerra se está volviendo demasiado cara. Hoy en día, cada ataúd que regresa envuelto en una bandera tiene un impacto político, incluso en regímenes autoritarios».

actividades de inteligencia, que son muy agresivos en términos de espionaje económico e industrial. Pero, dejando eso a un lado, lo que hemos visto es que China emplea métodos mucho más sutiles y recubiertos en una gruesa película de dinero. Y esta es una de las cuestiones que tenemos que abordar: hasta qué punto el dinero puede comprar el acceso un país o una voz. Si nos fijamos en el caso de Huawei, que presento en el libro, a menudo lo que sucede es que el dinero posee una fuerza gravitatoria en sí. Empresas como Huawei a menudo no necesitan realmente dar instrucciones, sino que existe en la penumbra una red de subcontratistas, socios comerciales y facilitadores que trabajan para ellas y que presionarán para tratar de mantener un statu quo que les convenga. Así que, en realidad, no hace falta nadie desde Pekín les llame. De la misma manera que a los agentes estatales y a los banqueros de Londres no se les dice que protejan el dinero de los oligarcas rusos, puesto que ahí es donde reside su negocio.

Cuando analizamos la línea que separa los grupos de presión legítimos de los que ejercen una influencia ilegítima en nombre de potencias extranjeras, también tenemos que contemplar que no estamos diciendo simplemente: las empresas extranjeras son malas; las nacionales, buenas. Es un ecosistema mucho más complejo.

¿Qué puede decirnos su libro sobre el futuro de los conflictos?

Ahora, en cierto modo, el instrumento militar más poderoso del que disponemos es la imaginación. La guerra consiste ahora en encontrar nuevas formas de imponer la voluntad de unos países sobre otros, y a veces ni siquiera nos damos cuenta de que está ocurriendo. Este es el gran desafío.

Mi libro no dice que esto sea distópico, que son cosas que podemos aprender a usar y vivir con ellas nosotros mismos, ni es el libro que te hará descubrir las formas de vencer en el siglo XXI. Es más bien una sencilla descripción de cómo evoluciona el mundo. Tenemos que reflexionar sobre ello y decidir cómo vamos a utilizar estas nuevas capacidades y cómo vamos a resistir.

En su libro menciona que la guerra se está convirtiendo cada vez más en una “guerra de relatos”. En la retina tenemos presente el tipo de

conflicto que se libra actualmente en Ucrania, ¿sigue pensando que la guerra se libraría principalmente en la imaginación y la voluntad colectiva de una sociedad?

Los conflictos modernos no van a consistir en una guerra a la vieja usanza, porque cada vez es mucho más cara y mucho menos eficaz. Sobre la invasión rusa de Ucrania, hay dos puntos que merece la pena destacar. En primer lugar, justo en el preciso instante en que Putin invadió, iba ganando. Había reunido una enorme fuerza en su territorio fronterizo con Ucrania y bajo la sombra de la amenaza de la invasión rusa, la economía ucraniana se estaba hundiendo. ¿Quién iba a invertir en Ucrania en esas circunstancias? Al mismo tiempo, había un flujo constante de visitantes occidentales que se dirigían a Moscú para ver a Putin y, con un poco de suerte, intentar alejar la posibilidad de una guerra. De hecho, algunos gobiernos europeos ya estaban

intentando presionar al presidente Zelenski para que hiciera concesiones a los rusos. Si Putin hubiera sido realmente esa mente experta en el ajedrez geopolítico tridimensional que a veces se nos cuenta, se habría limitado a

sentarse y dejar que este proceso continuara. Cuando sus primeros tanques cruzaron la frontera fue cuando empezó a perder. Esto demuestra que los medios no militares son más eficaces que los militares.

En segundo lugar, lo que vemos en Ucrania son dos guerras simultáneas. Hay una guerra propia del siglo XX, con tanques y armas. Pero también hay una guerra del siglo XXI entre Occidente y Rusia. Una guerra que se libra mediante sanciones y medios culturales, políticos y jurídicos. Nunca hemos visto el nivel de guerra económica que está librando actualmente Occidente contra un país tan interconectado con las finanzas mundiales como es Rusia. No tenemos ni la más remota idea de cómo se va a desarrollar todo esto. Esto no es como Irán o Corea del Norte. Esto pone de manifiesto hasta qué punto Ucrania está librando una guerra convencional porque francamente no tiene elección. Nosotros sí tenemos elección, y en cambio hemos decidido operar con estos otros medios.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Introducción

1 La armamentización vuelve por sus fueros

PRIMERA PARTE: NO MÁS GUERRAS A TIROS

2 ¿Unas guerras sin armas de verdad?

3 Ya no basta con hacer la guerra y la subcontratación de la geopolítica

SEGUNDA PARTE: NEGOCIOS Y OTROS CRÍMENES

4 Negocios

5 Cómo comprar amigos e influir en las personas

6 Crimen

TERCERA PARTE: LA GUERRA NOS ENVUELVE

7 La vida

8 Las leyes

9 La información

10 La cultura

CUARTA PARTE: BIENVENIDOS AL FUTURO

11 La inestabilidad es un arma

12 Bienvenidos a la guerra permanente y sin sangre

Índice analítico



DOSIER DE PRENSA

INTRODUCCIÓN

Las armas convencionales cada vez son más y más costosas; las opiniones públicas (incluso en los regímenes autoritarios), menos y menos tolerantes con las bajas en combate y, por lo demás, han pasado a la historia los días en los que el poder se medía en función del número de minas de carbón, puertos de aguas cálidas o kilómetros cuadrados de superficie agrícola. Los estados desde siempre han empleado medios no militares para intimidar; provocar o enredar al enemigo y hacerse con el triunfo. Sin embargo, el mundo de hoy es más complejo y –sobre todo– está interconectado de una forma mucho más inextricable que en cualquier otro momento anterior. Tradicionalmente se consideraba que la interdependencia evitaba las guerras. Lo que en cierto modo era verdad, pero las tensiones que llevaban a una contienda no desaparecieron, de manera que la interdependencia se convirtió en el nuevo campo de batalla. Las guerras sin combates, los conflictos dirimidos con toda suerte de medios no convencionales, desde la subversión a las sanciones, de los memes a los asesinatos, bien pueden estar convirtiéndose en la nueva normalidad.

Como resultado, las líneas divisorias entre la guerra y la paz pueden desdibujarse hasta la práctica irrelevancia, y la «victoria» ya no pasa de señalar que la jornada de hoy ha sido buena, sin garantías de ninguna clase sobre lo que el mañana deparará. En su lugar, vamos a vivir en un mundo marcado por el conflicto

permanente de baja intensidad, con frecuencia inadvertido, indeclarado e interminable, en el que –por si no bastara con lo anterior– incluso nuestros aliados pueden ser nuestros oponentes. Hemos llegado a un momento en el que, sobre todo en lo tocante a la actual confrontación entre Rusia y los países occidentales, se habla de la «transformación en un arma» de esto o aquello, desde la información hasta las hinchadas futbolísticas de carácter violento. Por extraño que resulte esto último, sí: después de que los seguidores *fanaty* de la selección de Rusia se enfrentaran a *hooligans* británicos en Francia durante la Eurocopa de 2016, una «fuente del gobierno nacional» declaró al periódico londinense *The Observer*, con pretensiones de superioridad moral y escaso fundamento, que «lo sucedido parece ser una prolongación de la guerra híbrida puesta en marcha por Putin».

Cuando todo puede ser convertido en un arma, se diría que este concepto pasa a perder todo significado. Se trata de una objeción válida hasta cierto punto, pues, por mucho que todas las cosas son susceptibles de su utilización como arma, algunas de ellas son más susceptibles que otras. Este libro es una guía de campo sobre la nueva forma de la guerra o, quizá sobre *una* nueva forma de guerra o, incluso, el nuevo mundo de la guerra. No es tanto una predicción como una introducción a una posible trayectoria en el futuro.

CAPÍTULO 1

LA ARMAMENTIZACIÓN VUELVE POR SUS FUEROS

Guerra híbrida. Guerra de zonas grises. Guerra asimétrica. Guerra destinada a poner a prueba la tolerancia del oponente. Guerra no restringida. Guerra no lineal. Hay toda una pléthora de expresiones poco esclarecedoras. Algunos se limitan a hablar de la Doctrina Guerásimov, una diabólica creación del jefe del Estado Mayor ruso, el general Valeri Guerásimov. Esta doctrina no existe. Soy el más indicado para saberlo, pues fui quien, de forma imprudente y frívola,

la formulé de la nada para titular un artículo, sin sospechar en lo más mínimo que ciertos lectores se la tomarían como verdad revelada. Moraleja: hay que andarse con cuidado con los titulares llamativos, a riesgo de que ejerzan mayor impacto que lo que escribes más abajo. Pero si no me hubiera inventado lo de la Doctrina Guerásimov, los todólogos seguramente se habrían encaprichado de alguna otra cosa. Es un hecho que todo el mundo parece querer o necesita

creer que algo nuevo está saliendo a la luz. En Helsinki hoy incluso existe cierto Centro Europeo de Excelencia para Contrarrestar las Amenazas Híbridas, por mucho que nadie esté muy de acuerdo sobre la naturaleza de tales amenazas. Por su parte, en Moscú, asimismo, están empeñados en creer a pies juntillas que la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) tiene su propia estrategia de *gibridnaia voíná* –guerra híbrida–, cuyas esotéricas artes facilitan la aparición de rebeliones contra los aliados de Rusia en el mundo árabe y la Eurasia postsoviética.

El tema recurrente es el de la combinación de métodos. El concepto chino de «guerra sin restricciones», desarrollado en el decenio de 1990, sostiene que, en el enfrentamiento con un enemigo con ventaja tecnológica y más poderoso en el plano militar, uno todavía puede ganar, mediante el desplazamiento del

conflicto a la economía, el terrorismo y hasta el derecho. En los países occidentales, el mencionado Centro Europeo de Excelencia define «una amenaza híbrida» como «una acción llevada a cabo por actores estatales o no estatales con el objetivo de socavar o dañar a un oponente a batir a través de medios encubiertos o no encubiertos militares y no militares». La guerra híbrida –expresión acuñada por el pensador militar estadounidense Frank Hoffman, con la particular intención de entender cómo una fuerza no estatal como el movimiento militante de Hezbolá en Líbano se las arregla para hacer frente a un ejército convencional como el de Israel– ha asumido un significado aún más amplio, hasta denotar la combinación de combate en el frente, subversión encubierta, desinformación, ciberataques y cualquier otro ingrediente adicional que uno u otro bando pueda agregar a la mezcla.

CAPÍTULO 3

YA NO BASTA CON HACER LA GUERRA Y LA SUBCONTRATACIÓN DE LA GEOPOLÍTICA

El espionaje desde siempre ha recurrido a la subcontratación, y en gran medida. Sin mucho que ver con el refinado James Bond o el despiadado Jason Bourne, el funcionario de inteligencia asignado a operaciones en el terreno ni por asomo se infiltra en una base enemiga después de haberse tomado un martini o dos. Antes que otra cosa es un reclutador y un capataz, cuyo cometido –por decirlo bien a las claras– es hacer amistad con extranjeros y conseguir que traicionen a su país. El funcionario de este tipo por lo general trabaja de forma encubierta en una embajada, protegido por la inmunidad diplomática. Los agentes, los ciudadanos a los que él o ella recluta, son los que realizan las verdaderas labores de espionaje: copiar documentos, escuchar conversaciones o lo que sea que les exijan. (Y son los que corren el riesgo de ir a la cárcel o, según en qué país, de fenecer como resultado de un tiro en la nuca).

Al igual que en la guerra, el trabajo del funcionario asignado a casos sobre el terreno –y hasta a la dirección de redes de inteligencia al completo– en su día acostumbraba a ser una profesión especializada, a la que accedían aficionados con dotes naturales, elementos de confianza y personal internacional a sueldo. A medida que los estados fueron burocratizándose y profesionalizándose, los funcio-

narios del estado terminaron por copar la profesión, pero, en los últimos tiempos, la subcontratación asimismo vuelve a estar en boga. Quizá de forma inevitable, pues el espionaje cada vez tiene un carácter más técnico y se basa en satélites, barcos-espía, escuchas telefónicas e interceptaciones electrónicas, complementados y hasta eclipsados por el crecimiento exponencial de las comunicaciones celulares y el ciberespionaje. Además, para Estados Unidos en particular, cuando los atentados del 11 de septiembre en Nueva York generaron una repentina e irresistible demanda de apoyo de inteligencia para llevar a cabo la llamada «guerra contra el terrorismo», esta era la única forma de que los servicios secretos, después de los recortes presupuestarios que habían sufrido durante la década anterior, pudieran responder con rapidez. No es posible hacer que un funcionario hable farsi de la noche a la mañana, ni que deje atrás Kiev y se instale en Kabul a las veinticuatro horas, pero sí resulta factible contratar a alguien que ya habla ese idioma o reside en dicha ciudad. No obstante, la respuesta a corto plazo se convirtió en dependencia a largo plazo: como se afirmaba en una presentación hecha a los empleados en la Oficina del Director de Inteligencia Nacional: «¡Si no podemos comprar [...] no podemos espionar!».

CAPÍTULO 7

LA VIDA

Las personas inocentes son armas en la guerra; siempre lo han sido, de hecho. La limpieza étnica, el desplazamiento de comunidades tenidas por hostiles o extranje-ras a secas es el lamentable corolario del conflicto, como muestra el internamiento y reasentamiento masivo de «poblaciones peligrosas» como los uigures musulma-nes del noroeste chino o las matanzas y expulsiones a sangre y fuego llevadas a cabo por los serbios contra los musulmanes y croatas en la antigua Yugoslavia, por los tutsis contra los hutus ruandeses, en los años noventa en ambos casos. Sin embargo, la migración –y hasta la mera amenaza de obligar a la migración– es un arma con parti-cular relevancia en la actual guerra política.

Situada a menos de quinientos kilómetros de distan-cia de la isla italiana de Lampedusa, no es de extrañar que Libia se haya convertido en uno de los principales por-tales de acceso para los migrantes africanos empeñados en llegar a Europa, en el que confluye una compleja red de rutas desde Senegal, en el litoral occidental del con-tinente, hasta Etiopía y Somalia en el este. A comienzos del milenio, el dictador Muamar el Gadafi empezó a co-laborar con la UE en el control del flujo de migrantes, a cambio de incentivos en metálico y el final de la margi-nación internacional de Libia provocada por su anterior respaldo al terrorismo. En 2011, sin embargo, empezaron a darse protestas masivas, mas determinado a evitar que la UE prestara apoyo a la oposición, Gadafi amenazó con suspender la cooperación en temas migratorios, con el resultado de que Europa se encontraría con una marea humana procedente del norte de África.

La amenaza pronto se tornó irrelevante, pues la desafa-rada, brutal represión provocó que las protestas dieran rápi-do paso a la guerra civil. Al llegar el mes de octubre, «el corone-l» estaría muerto, pero la lección no cayó en saco roto. Libia hoy sigue atenzada por la guerra civil, sin embargo, una de las razones de la implicación activa en el conflicto de países del sur de Europa como Italia y Francia es, precisamente, la necesidad de controlar la potencial «arma migratoria» que un nuevo líder libio estaría en situación de empuñar.

La amenaza de hecho no es potencial, como mues-tra el caso de Siria y Turquía. La guerra civil siria, iniciada ese mismo año fatídico de 2011, tampoco da señales de terminar y ha causado masivas oleadas migratorias, en el interior y hacia el exterior del país. Millones de sirios han escapado a la vecina Turquía. En el otoño de 2019, las fuerzas turcas y sus aliados locales pusieron en marcha una ofensiva en el norte de Siria. La UE protestó por las muertes de civiles y amenazó con sanciones. En respues-ta, el presidente turco Recep Tayyip Erdoğan advirtió que estaba dispuesto a «abrir las puertas y enviar a 3600 mil-lones de refugiados en vuestra dirección» si la UE insis-tía en seguir llamando «invasión» a la ofensiva turca en el país adyacente. Bruselas procedió a boicotear la venta de armamento a Turquía, pero dicho boicoteo era volunta-rio, que no obligatorio. A la vez, la UE moderó su lenguaje, y la «invasión» pasó a ser una «acción militar unilateral». Ankara continuó afrontando fuertes críticas en público, pero Erdoğan, siempre duro de pelar, había recurrido al «arma de migración masiva» y conseguido que la UE die-ra su brazo a torcer, aunque fuese en parte.

CAPÍTULO 10

LA CULTURA

Por muy imbuido que estés de ardor guerrero, siempre vas a necesitar «los hombres, barcos y recursos». Y si tus ambiciones son las de afirmar la primacía en el globo, ya sea mediante la guerra política, la presión económica o la fuerza bruta, necesitas tanto los recursos como para la voluntad para hacerlo. La lucha para conseguirla se desa-rrrolla en el plano doméstico y, cada vez más, por medio del cine y la televisión, los videos virales y los juegos por ordenador.

Se entiende, por tanto, que el Pentágono empezara a colaborar en la producción de películas indicadas para sus propósitos en fecha tan temprana como 1927. Ese año, la fuerza aérea proporcionó pilotos y aviones para el rodaje de la película bélica *Alas*, que más tarde ganó el

primero de los premios Oscar. Las representaciones pa-trióticas de la gloria militar estadounidense muchas ve-ces podían dar a un productor la oportunidad de utilizar localizaciones militares reales y hasta material propiedad del ejército. En 2020, al rodar *Top Gun: Maverick* (secuela de la testosterónica *Top Gun* protagonizada por Tom Cru-ise en 1986), los cineastas obtuvieron permiso para usar cazas F/A-18 y hasta un portaaviones nuclear de clase Ni-mitz, a precio de coste. A cambio, el Pentágono exigió ase-gurarse de que la película reflejaba bien sus «mensajes» y una proyección privada para el alto mando antes de la distribución en salas. Es más, el Pentágono financia desde 2002 las diferentes actualizaciones del juego de orde-nador *America's Army*, que distribuye de manera gratuita.

¿Y por qué? Los creadores del juego brindan la respuesta: «Queremos que el mundo entero conozca la grandeza del Ejército de los Estados Unidos».

Por supuesto, mucho de todo esto es para consumo interno. Se dice que la primera *Top Gun* suscitó el alistamiento masivo en la aviación naval estadounidense, en cifras no vistas ni antes ni después, y el ejército del país hoy cuenta con su propio equipo de deportes electrónicos, que participa en competiciones del *Call of duty*, con el que se pretende fomentar la incorporación de efectivos a la carrera real. La apabullante recaudación de la taquilla por la saga *Wolf Warrior* se dio en China. Los productores siempre van a buscar el beneficio económico, pero los estados que respaldan estas películas patrióticas quieren que sus fuerzas armadas cuenten con tantos soldados como necesiten y que la opinión pública acepte la conveniencia de ponerlos en situación de peligro.

Estados Unidos desde siempre ha dominado este campo, pero su supremacía empieza a estar en entredicho, incluso en el sector de los juegos de ordenador. Las grandes franquicias contemporáneas, como el mencionado *Call of Duty: Modern Warfare*, no cesan de exaltar el poderío militar occidental contra unos antagonistas que van desde los terroristas árabes a los rusos ultranacionalistas. Sin embargo, otros se han dado cuenta del potencial que tiene este medio tan pirotécnico como adictivo. En 2003, el movimiento libanés Hezbolá lanzó *Special Force*, un juego donde el jugador hace las veces de miliciano y se enfrenta y dispara personalmente a soldados del ejército israelí. (En un revelador indicio del cambio en sus prioridades, Hezbolá en 2018 lanzó una secuela llamada *Sacred Defence*, donde el enemigo son los militantes del Estado Islámico en Siria).

CAPÍTULO 12

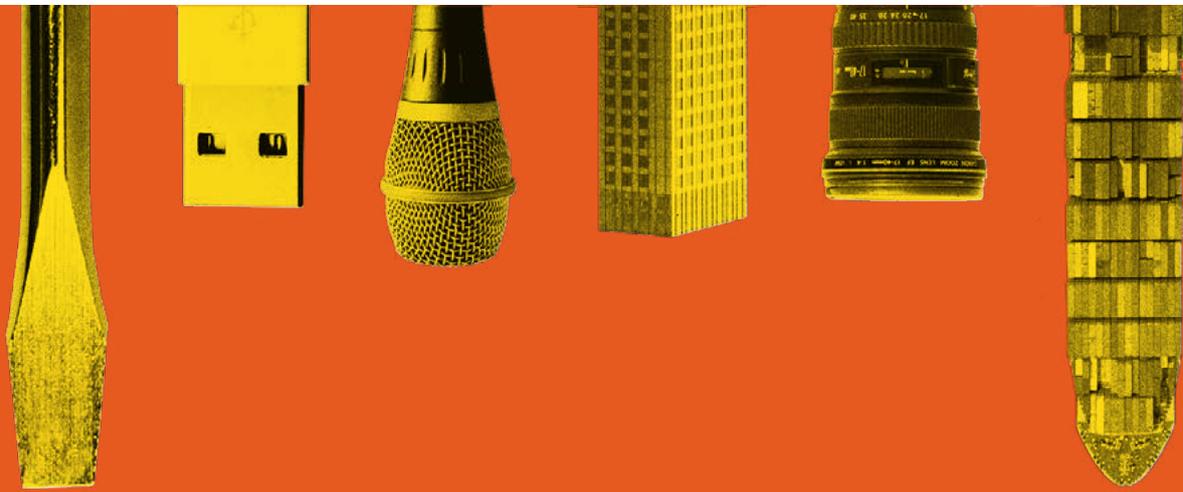
BIENVENIDOS A LA GUERRA PERMANENTE Y SIN SANGRE

No podemos estar más de acuerdo en que los gobiernos tendrían que fomentar una nueva alfabetización mediática y las plataformas deberían ser más proactivas en el bloqueo de la desinformación. Pero con estar de acuerdo no basta. Los auténticos vectores de difusión de las *fake news*, los memes engañosos y los discursos tóxicos somos nosotros mismos, siempre tan dispuestos a retuitear artículos que no hemos leído de verdad y a aceptar sin reparos aquellas noticias que encajan con nuestras presuposiciones. Nosotros, defensores del debate civilizado de boquilla, pero que disfrutamos como unos enanos al meternos en agrias discusiones en la red, al vilipendiar y tergiversar en la práctica. A nosotros nos corresponde hacer gala de los comportamientos éticos en el ciberespacio que esperamos de los demás y estar dispuestos a dejar de participar en aquellas redes sociales que no llegan a desempeñar el papel que les corresponde. Es bastante fácil embarcarnos en una guerrita por Twitter o defender un boicoteo en defensa de nuestros propios derechos y para proteger a aquellos que nos caen bien. Nuestro verdadero desafío consiste en hacer lo mismo en relación con otros con distintos puntos de vista e intereses. La alternativa es la creación de comunidades marcadas por la sensación de aislamiento y exclusión, perfectas consumidoras de discursos contestatarios y empresas de disrupción política encubierta.

Trabajar con esa intención precisa. Las mismas tecnologías que nos hacen vulnerables a la manipulación y la

subversión procedentes de lugares remotos también nos ofrecen oportunidades sin precedentes para crear comunidades con un propósito positivo. Gracias a la red estamos en situación de amplificar y contribuir a iniciativas de micromecenazgo que hacen que nuestro mundo sea mejor. Organizaciones de microcrédito como Kiva y Lendwithcare aportan préstamos para el desarrollo a pequeña escala que brindan empleos alternativos y legítimos a personas de carne y hueso, evitando que algunas de ellas terminen por caer en garras de insurgentes, criminales y demagogos. Las plataformas de periodismo ciudadano llevan a que cualquiera que tenga una cámara en el móvil, acceso a internet o algo de tiempo libre pueda socavar las técnicas de gestión mediática puestas en marcha por gobiernos y corporaciones. Grupos como Bellingcat –con participación de reporteros de investigación, denunciantes de injusticias y tejemanejes, así como periodistas ciudadanos– han logrado identificar a espías y sacar a luz atrocidades.

Votar con esa intención precisa. No todos los países que se dicen democráticos son democracias plenas, pero pocos de ellos llegan a ser totalitarios de verdad. Siguen dándose enormes diferencias en las oportunidades presentes en, por ejemplo, Estados Unidos, Rusia (donde la sociedad civil local aún tiene algo que decir, pero no la oposición nacional) y China (donde el estado aspira a dominar toda actividad política), en la mayor parte del mundo, el individuo tiene cierto peso en la conformación de sus gobiernos o, al menos, ejerce alguna influencia sobre ellos.



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

